

## ¡Abajo el telón!

Por Olga Clemencia Villegas de Estrada.

Dolor de corazón y lágrimas del alma, dos expresiones que han sido plasmadas en poemas y canciones, se sienten ahora, intensamente, al despedir a una mujer maravillosa, a una líder sobresaliente, a una maestra de vida, a una amiga y “compinche”, incomparable.

Nuestra amistad tuvo comienzo, cuando al llegar a Medellín, Álvaro y yo, después de dos años de casados y de estudios en el exterior, iniciábamos muy jóvenes, un nuevo camino. Cierta mañana, sonó el teléfono, la voz de Maritza, animosa y cordial, me dió la bienvenida, como Antigua alumna del Colegio del Sagrado Corazón (Campohermoso, Manizales) Enseguida, me comprometió a participar en las obras sociales que realizaban las exalumnas de esta Ciudad. La misma semana, estaba ya, en el dispensario del barrio Buenos Aires, colaborando con el médico de turno y así continúe por varios años. Los proyectos de Mary, no paraban, su entusiasmo también era el mío, y el de muchas egresadas de cualquier lugar del mundo, pero unidas por una educación y la devoción a “Mater”, nuestra Madre Admirable, “tesoro de calma y serenidad...” como reza una de las invocaciones en su honor. Con fuerza y entusiasmo, la Asociación de Antiguas, avanzó en obras, reuniones, costureros, congresos a nivel nacional e internacional, a los cuales Maritza concurría como Presidente, por su notable liderazgo.

Ahora, cuando su partida, es una dolorosa realidad, aparecen latentes los recuerdos y las enseñanzas que de ese hermoso hogar, formado con Otto Rodríguez, “Vida”, cómo se decían. Por su generosidad y cariño, tuvimos la suerte de ser un par de hijos más. Lo compartíamos todo, alegrías y tristezas, paseos y parrandas, amigos, aguardiente y jerez. Con Ottillo, ese gran señor y entrañable amigo y su Maritza adorada, no nos perdíamos una tarde de toros, recorríamos las plazas del país, con botas y claveles, al ritmo de pasodobles. Fue Maritza, quien tuvo la iniciativa de reunirnos antes del festejo, en aquellos condumios donde el tema de la tauromaquia, era primordial y la presencia de diestros de cartel y aficionados de la fiesta brava, disfrutábamos de una buena antesala, Maritza, como siempre, era motor y nervio de ellas. No por nada, había heredado la vena artística de su padre, Eduardo Uribe, reconocido empresario de espectáculos y publicaciones; con él, vivió de cerca, escenarios y tablaos, ruedos y afamadas compañías teatrales. De allí, su pasión y gran creatividad. No podían faltarle las coplas, los disfraces y coreografías improvisadas, su sueño era un circo, y lo logró. Convocó a un número de amigos, que contagiados de su locura, iniciaron la odisea. El Club Campestre, prestó sus salones y bajo la batuta de su gerente, Marco Peláez, se iniciaron las primeras funciones.

Año tras año, el público emocionado, disfrutaba cada presentación y los improvisados artistas actuaban como profesionales. 25 años después, Maritza y su primo, Ricardo Uribe, marcado con su mismo sello histriónico, se empeñaron en una empresa de alto turmequé, la del sueño aquel que la protagonista, acariciaba con anhelo. Con orquesta propia, bajo la dirección de Luis Uribe, resonaron los alto-parlantes y vimos levantarse la inmensa carpa del “Tangarife”.

80 artistas en escena, hicieron realidad las ilusiones circenses. Los aplausos, nos llevaron a Bogotá para varias presentaciones en el Club Los Lagartos. Maritza, cumplió su acometido, ¡Arriba el telón!

Ahora, que el telón de su existencia se ha cerrado para siempre, es imperativo, mirar hacia atrás y recordar con admiración y agradecimiento, a una mujer cuya personalidad arrobadora, cuyo espíritu de servicio aligeraba las cargas y su alegría era faro luminoso; puedo imaginar los coros celestiales y las trompetas de arcángeles que la recibieron con honores. Ese amanecer del viernes 22 de mayo, es fecha indeleble y coincidente, la misma en que murió mi Madre. ¡Maritza, también lo fue para mí!

Nos queda su familia, que es la nuestra, y con ella, aquel bello ejemplo de unión, comprensión y amor de una pareja que atesoraremos, por siempre, en la memoria del corazón.